

Ejemplar Rebecca West

Cuando los pájaros caen

Rebecca West
Traducción de Rafael Vázquez Zamora
BackList. Barcelona, 2011
592 páginas. 22 euros (electrónico: 14,99)

El significado de la traición

Rebecca West
Epílogo de Juan Benet
Traducción de Panteleimón Zarín
Revisión de Antonio Iriarte
Reino de Redonda. Madrid, 2011
528 páginas. 23 euros

Por José María Guelbenzu

NARRATIVA / ENSAYO. NO PODÍA SER más oportuna la coincidencia de estos dos libros en las librerías españolas. Rebecca West, autora de una novela memorable (*El regreso del soldado*) y de un clásico de los libros de viaje (*Cordero negro, halcón gris*), entre otros libros, se enfrenta a un tema tan apasionante como imperecedero: el sentido de la traición. *Cuando los pájaros caen* es una novela y *El significado de la*

fuerzas ciegamente convencidas de sus principios y se desarrolla ante una Laura de 18 que va a dar un salto dramático a la realidad desde su mundo cerrado y encantado. Al cabo de la larga conversación se descubrirá quién es el traidor que ha ocasionado la desgracia del conde, lo que constituirá una fuente de amargura, a la vez que de maduración, de la joven Laura.

El significado de la traición es una poderosa reflexión sobre la traición que se inicia con dos personajes singulares, William Joyce y John Amery, que desde la Alemania de Hitler se convirtieron en colaboradores y voceros radiofónicos del régimen nazi. A partir de ellos, West describe de manera fascinante sus vidas, su integración en el fascio británico y, con ello, el mundo del fascismo inglés a través de una serie de personajes a cual más interesante y mejor descrito y que, en conjunto, ofrecen una visión extraordinariamente atractiva del origen de este movimiento y, a partir de lo cual, plantea con admirable penetración el problema de la traición y sus implicaciones éticas. De la Segunda Guerra Mundial pasa a los años posteriores, al cambio de tipología del traidor, que ahora se centra más en protagonistas de otra índole (universitarios e intelectuales comprometidos con la ideología comunista, analizados a partir de los casos del científico Allan Nunn y de Klaus Emil Fuchs). De un totalitarismo a otro, del nazismo al comunismo soviético, el libro se convierte también en una historia del espionaje soviético durante la guerra fría que llega hasta los conocidos Guy Burgess, Kim Philby y MacLean e incluso alcanza al famoso caso *Profumo*, el ministro de la Guerra inglés cuya turbia relación con la joven Christine Keeler le costó el cargo.

El libro destaca además por su excelente escritura. La capacidad de descripción de West, tanto en la novela (ese mundo caduco y cerrado de los Diakonov) como en el relato histórico del fascismo británico y el espionaje comunista, es realmente admirable; su elección de los detalles que componen cada cuadro del escenario del drama, sea en lo concerniente a los personajes como al ambiente en que se mueven e incluso a la decoración de los espacios utilizados como elemento dramático, revelan a una autora de verdadero mérito. Además, posee un estilo en el que predominan la elegancia de la dicción y la elocuencia con que la utiliza.

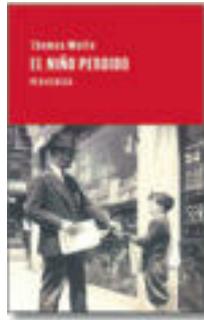
La novela es de lectura lenta, reflexiva y está tan plagada de razonamientos como carente de acción, por lo que a algunos lectores no especialmente interesados en ese mundo que enfrenta terrorismo y autoritarismo se sentirán defraudados. La interminable conversación en el tren, por ejemplo, muestra a la perfección cómo los extremismos son dos caras de una misma moneda y ese es un valor literario de primera importancia. Todo depende, pues, de lo que uno exija a un texto que, en todo caso, está cargado de inteligencia. El ensayo histórico, por el contrario, posee una fascinante agilidad, fruto del equilibrio entre su dinámica interna y la inteligente y vigorosa exposición de que hace gala su autora. *El significado de la traición* es, a mi modo de ver, un libro capital para entender, a través de la Historia, la compleja relación del alma humana con sus propias contradicciones y deseos en un mundo donde la traición también se erige en protagonista y su ambigüedad y complejidad obligan a una ineludible reflexión moral. Este es, en verdad, un libro ejemplar. ●



San Petersburgo, 15 de mayo de 1917. Foto: Bettmann / Corbis

traición un texto a medio camino entre el ensayo y la Historia. La novela transcurre poco antes de la toma del Palacio de Invierno y el triunfo de la Revolución Rusa y se sitúa en Francia donde se encuentra instalado, en vergonzoso exilio por parte del zar, el conde Nikolai Diakonov con su esposa y el servicio. El exilio se debe a una conjura que le ha hecho caer en desgracia a los ojos del zar, a quien venera a pesar de su infortunio y cuyo perdón y reconocimiento espera día a día. A París llegan su hija, Tania, y su nieta, Laura, para acompañarlo. Tania está casada con un eminente político inglés, miembro del Parlamento, que permanece en Londres. Al conde lo acompaña un ferviente seguidor, de nombre Kamensky, al que se considera casi como un miembro más de la familia.

Una recaída en la salud de Sofía Diakonova hace que Tania, su hija, se quede con ella en el hospital y el conde y su nieta se pongan en viaje a una localidad cercana a la costa donde se encuentra un familiar cercano. En el tren son sorprendidos por un joven revolucionario, hijo de un antiguo amigo del conde, que entabla una conversación con el conde que dura casi un tercio de la novela. Es una conversación entre dos fanáticos: Diakonov, que entiende al zar como un intermediario entre Dios y los hombres y de cuya supremacía moral y vital no duda un segundo, y el revolucionario y terrorista que dedica su vida a derrocar el régimen de la Santa Rusia. El encuentro es formidable entre dos



El niño perdido

Thomas Wolfe
Traducción de Juan Sebastián Cárdenas
Periférica. Cáceres, 2011
96 páginas. 15,50 euros

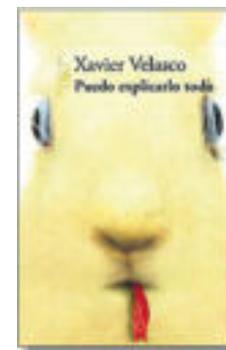
NARRATIVA. CON JUSTIFICADO regocijo, Periférica ha publicado *El niño perdido*, una joya literaria que no lo es por su supuesta perfección (inútil en un talento tan desbordado como el de Thomas Wolfe), sino porque consigue atrapar, con un lirismo descriptivo de percepciones, el espacio de una ausencia, hacer del recuerdo un mecanismo de pervivencia del hermano muerto. Ya en *El ángel que nos mira*, las páginas dedicadas a la muerte de Ben, hermano de Eugene Gant (trasunto de Wolfe) imponía uno de los episodios más estremecedores de una novela que es pura conmovión alquímica de imaginación y autobiografía. Para Thomas Wolfe, ningún tema quedaba nunca agotado; quería “reproducir en su integridad todo el desarrollo y las situaciones de una escena real”. En *El niño perdido* se centra más obsesivamente en la reproducción “verídica” de Grover, hermano del novelista que murió de tifus a los doce años. Con cuatro sucintos abordajes de la memoria, perfila el carácter del chico, la irrupción de la enfermedad, la emergencia efusiva de su muerte en el escritor, en la madre, en una hermana, y de nuevo en el escritor, cuarenta años después, en una visita a la casa de Saint Louis que la familia había alquilado para utilizar de hostel en la Exposición Universal. Cuatro magníficas estampas de rememoración que actualizan el dolor de la pérdida: “Me detuve un instante, mirando hacia atrás, como si la calle fuera el Tiempo”. Es asombrosa la agitada precisión de Wolfe para generar el espacio, la calidez con que su prosa contornea los edificios, el modo en que, con un registro fotográfico y sensorial de la memoria, reproduce el ambiente provinciano de 1904. Grover se instala en el espinazo del lector como símbolo vivo del encanto juvenil, irradiando la desventura y la inteligencia generosamente concedidas y prematuramente malogradas. *El niño perdido* es, sin duda, una pieza narrativa de prodigiosa exactitud emocional. Aquí el arte literario se enfrenta a la fatalidad construyendo un monumento de palabras imperecederas. **Francisco Solano**

Puedo explicarlo todo

Xavier Velasco
Alfaguara. Madrid, 2011
744 páginas. 22 euros (electrónico: 10,99)

NARRATIVA. OBRA DE LARGO vuelo y compleja estructura, *Puedo explicarlo todo* es la nueva apuesta del mexicano Xavier Velasco, un escritor prolífico que cada tanto no sólo publica otra vez, sino que además lo hace a lo grande, con novelones de larga extensión. Hay algo extraño en esta obra de Velasco. Si a propósito de *Diablo Guardián* Rafael Conte le reprochaba, en estas mismas páginas, el uso de “jerga mexicana a ultranza” hasta el punto de dificultar la comunicación, en esta nueva novela los mexicanismos salen con cuentagotas y se trata de aquellos ya incorporados al diccionario de la Academia. Mexicanismos elocuentes, de todos modos, que dan ganas de incorporar de inmediato al propio léxico, como chimuelo, cacarizo, empistolado; pero dosificados en un estilo que no se puede calificar sin más de neutro y aséptico porque tiene también algo de ese replegarse del lenguaje sobre sí mismo que constituye el mínimo exigible para declarar que una obra pertenece al mundo de la literatura. Así la novela gana en fluidez, pero cuesta

dejar de sentir el extraño retintín de la ausencia de un habla más vigorosa, expresiva y vital. Aunque, es cierto, se escucha a ratos en los monólogos de Isaac Balboa, el impresor que quería ser gurú, maestro de sabiduría, vendedor de pócimas para el alma, sanador de lectores. Y por ahí surge la segunda rareza de este libro. Podría legítimamente decirse que se trata de una novela sobre escritores y escritura, pero en realidad aborda el subgénero más degradado y despreciado por el campo propiamente literario, la autoayuda. Balboa tiene las ideas pero le faltan, más que la habilidad, la paciencia y la disciplina, de modo que contrata un negro tras otro hasta que da con Joaquín Medina, narrador principal y protagonista de *Puedo explicarlo todo*. Un joven sin estudios, sin fortuna y ya sin familia que pasa a ser el escribano de Isaac y también su cómplice en un oficio hartamente original, la seducción de viudas y parientes llorosas en funerales de completos desconocidos (que parece una nueva versión del texto de Cortázar sobre los velorios, más perversa, pero en la misma línea de hacer surgir los dobles en la digna apariencia de los dolientes). En torno a esa escritura mercenaria está lo mejor de una trama larga y compleja, llena de vericuetos y giros, que transcurre mayormente en una casa —la de la familia de Joaquín— y el edificio que está delante, pero que se compone sobre todo de personajes —la actual obsesión de Xavier Velasco— que dan nombre a las diversas partes de la novela o, dicho de otra manera, que concentran transitoriamente el foco de la narración sobre sí mismos. Cada parte, a su vez, se mueve en dos planos, ya sea que



Joaquín alterne distintos momentos de su biografía o surja otra voz a cargo del relato. Pero, aunque una parte importante del libro trate de escritores y escritura, el proyecto de Velasco está muy lejos de situarse en aquella corriente cultivada por Vila-Matas, Bolaño y otros narradores que le otorgan un papel protagónico a la literatura. Acá hay más bien una nota estridente y grotesca que se burla sin piedad de la producción seriada de frases hechas y de libros de títulos rimbombantes y contenidos idénticos (otro juego de esta novela se desarrolla en torno al plagio y la cita, al original y la copia, a la propiedad intelectual de productos de desecho). En torno a Isaac y sus delirios redentores hay humor y lenguaje desenfadado, sobre todo cuando él y Joaquín se dedican a producir fragmentos de futuras obras como *Pésames* y *epitafios*: cápsulas de sabiduría intemporal y brillan las frases fuera de contexto como “soy el que todos fuimos y seremos”. La historia luego asume otros rumbos y los hilos familiares que convergen en el mismo complejo familiar adquieren más importancia a medida que progresa un relato ciertamente ambicioso, con afanes totalizadores y aires de gran novela. Pero, aunque el libro de Velasco se lee bien, ello no es en modo alguno suficiente para subirlo a algún podio. Especialmente porque hay algo más en la historia que hace ruido, y mucho ruido: ¿hasta dónde hay pasión por el detalle y hasta dónde relleno? Cuando se presenta la tentación de saltarse párrafos porque nada va a cambiar mucho en unas cuantas páginas, algo anda mal. Y éste es el caso: aunque la novela fluye, entretiene y plantea algún nivel de dificultad por la intrincada estructura, los cambios temporales y la aparición, desaparición y reaparición de personajes con cientos de páginas de diferencia, queda también la sensación de que el texto padece de una cierta hinchazón que conspira contra sí mismo. **Rodrigo Pinto**